

VISITA a la TUMBA de NUESTRA GRAN AVELLANEDA, en SEVILLA

Por AÍDA CUÉLLAR

June 29/55 Cuéllar



Aída CUÉLLAR deposita unas flores sobre la lápida de mármol patinado por el tiempo, en la que pueden leerse claramente los nombres de la poetisa Gertrudis Gómez de Avellaneda, y de su esposo, don Domingo Verdugo, cuyos restos reposan en el cementerio de San Fernando.

En un pequeño panteón está enterrada la gran poetisa y dramaturga cubana, junto a su esposo, Verdugo, y su hermano Manuel, rodeada de grandes monumentos a famosos toreros, reyes, músicos y poetas españoles.— Autorización del gobierno de España y los más cercanos familiares de la gloriosa Avellaneda, para que sean trasladados sus restos a Cuba, la patria lejana y añorada siempre... porque el cielo de otros países no era el cielo para ella.—Numerosas instituciones culturales cubanas, piden que el Teatro Nacional que va a construirse, lleve el nombre de "Teatro Nacional Avellaneda"



Monumento erigido en memoria del famoso torero "Joselito", obra del escultor Benlliure, y que, por su suntuosidad, contrasta con el panteón modestísimo de la Avellaneda, situado a pocos pasos.

LOS restos de Gertrudis Gómez de Avellaneda—que supo conquistar un puesto brillante en la era de oro de la literatura castellana—, reposan en el Cementerio de San Fernando, en Sevilla. Una profunda devoción por la poetisa, nos lleva hasta ella. Caminamos por la angosta avenida bordeada de cipreses. El cielo, no sabemos por qué, se nos antoja demasiado azul para aquel sitio... Un sol fuerte y tenaz nos agobia y agota. Para reparar descansamos brevemente de los bancos que bordean el sendero, y dejamos que cada vagabundo vague sobre el

del reposo nos acompaña, con su blancura. Del otro lado de las encontramos con la vida, bulliciosa, dominada por la gigante aéreo levantado como un índice señalara el camino de la vida. En estos pasos nos separan del panteón de la familia Gómez de Avellaneda. Nos acercamos en un recogimiento, ¡transición a esta tumba hace tres cuartos de

Los restos mortales de la que allí reposa, tienen para nosotros un gran valor sentimental; pero no brotan lágrimas para llorar la muerte de quien ha alcanzado la inmortalidad.

Ponemos algunas flores sobre la lápida de mármol patinado de verdín, mientras se rumian en silencio aquellos versos que desde Sevilla, en 1836, le enviara Tula Gómez de Avellaneda, a su prima, Eloísa de Arteaga y Loy-naz, que vivía en Puerto Príncipe:

Tal vez en este sitio, abandonados, hay pechos donde ardió celestial pira, manos capaces de regir Estados, o de extasiar con la animada lira.

Meditamos sobre la coincidencia de que sea precisamente en este cementerio, donde encontrarán reposo sus manos, tan capaces también para extasiar con la animada lira...

Hasta en el camposanto, nos encontramos las huellas de los poetas sevillanos. Sólo un alma exquisita pudo haber reservado en el lugar mejor situado del cementerio, en el más codiciado, un gran espacio destinado a rosaleda. Rosas blancas, rosas rojas, rosas amarillas... Rosas de todos los matices y de todos los

aromas, perfuman el aire que se respira en esta quieta ciudad de los muertos... ¡Cuesta trabajo pensar que pueda ser el mismo del que dijera un día la Avellaneda:

"El cementerio de Sevilla, dista mucho del aspecto romántico del de Bordeaux, pero es vasto y aseado. Consta de cuatro grandes cuadros, en derredor de los cuales están los nichos o sepulcros que sólo tienen la capacidad necesaria para un ataúd; en la pequeña entrada de cada uno se coloca la piedra con el nombre del difunto. Pero es que todo presenta una igualdad monótona y uniforme, y ningún sepulcro sobresale más que otro, si no es por la mejor o peor calidad de la piedra y ser las letras de oro o blancas".

¡No, no puede ser el mismo que hoy admiramos, aquel cementerio pintado con tan severos trazos! O acaso, porque ella reposa ahora allí, se ha impregnado de poética tristeza este camposanto...

Próximos al panteón de la Avellaneda, se yerguen grandes monumentos, erigidos en memoria de relevantes figuras. Uno de los más impresionantes, es el del torero Joselito, el torero Gallo, como le llaman con orgullo los sevillanos, obra magnífica del escultor Mariano Benlliure. Representa el cortejo fúnebre del torero que es conducido en andas por gitanos—hombres, niños y mujeres—, llorando y deshojando flores. Las figuras, de tamaño natural, son todas un logro

de expresión y ritmo. Hay un sobrio patetismo en esta marcha sin avance, en esta inmovilidad del mármol, a quien el genio creador de un artista ha logrado dar alma y vida.

Sabemos que *Joselito* fué un torero magistral y valiente. No nos duele, por tanto, que se le haya levantado un grandioso monumento póstumo; pero sí el que no tenga uno ya en Cuba, Gertrudis Gómez de Avellaneda: que si no ganó gloria con el capote y la espada, tendiendo en la arena bravos toros de Miura, supo conquistarla con su pluma, escribiendo versos y dramas, que han sufrido el peso gigantesco y destructor del tiempo.

En nuestro tránsito por Sevilla pudimos comprobar con qué devoción les rinden culto a sus figuras ilustres. Si le han construido un mausoleo digno del mejor torero sevillano, también han sabido levantar uno grandioso a su más querido poeta: Gustavo Adolfo Bécquer, el romántico creador de las rimas de amor.

En el más bello paraje del "Parque de María Luisa", los hermanos Serafín y Joaquín Alvarez Quintero, a cuya iniciativa se debe el monumento, eligieron el árbol indio de ancho tronco y espesos ramajes que se llama toxodio, y allí levantaron esta ofrenda devota.

¿Cuándo se echarán a vuelo las campanas de nuestra patria, para celebrar la inauguración del monumento que los cubanos agradecidos le hayan hecho a Gertrudis Gómez de Avellaneda?

¿Cuándo se traerán sus restos, a la patria de donde partiera con poco más de veinte años, para retornar en el otoño de la vida, cargada de laureles, pero deshecha por hondos sufrimientos su alma femenina?

Sabemos cómo es de largo y cruento el camino de la gloria. Se van dejando en desgarrones, en lento desangrar: ilusiones, sueños, esperanzas... ¡Aspera y dura cuesta que no todos tienen el valor de recorrer hasta el final, cargando sobre las espal-

das dobladas, la pesada cruz del dolor!

Setenta y ocho años después de su muerte, la Avellaneda no ha terminado de recorrer aún ese *Via Crucis*. Todavía se le discute su derecho legítimo de cubana; todavía se sigue luchando para lograr que se haga el traslado de sus restos a Cuba. Todavía hay vacilación sobre si el Teatro Nacional, debe llevar o no su nombre: cosa realmente indiscutible, pues no hubo antes, ni ha habido nadie después de ella—no ya en Cuba, sino en ningún otro país del mundo— que pueda siquiera comparárseles, como poetisa y como dramaturga.

¡No puede seguir pesando, sobre su nombre, grabado con caracteres de oro en la historia de las letras castellanas, la fatalidad que pareció recaer sobre él, con aquella frase de Bretón de los Herreros: "¡Es mucho hombre esta mujer!"

¿No hemos de perdonarle nunca el haber sido mucho hombre por su obra recia y su indomable voluntad, a esta mujer tan débil como mujer sentimental y humana?

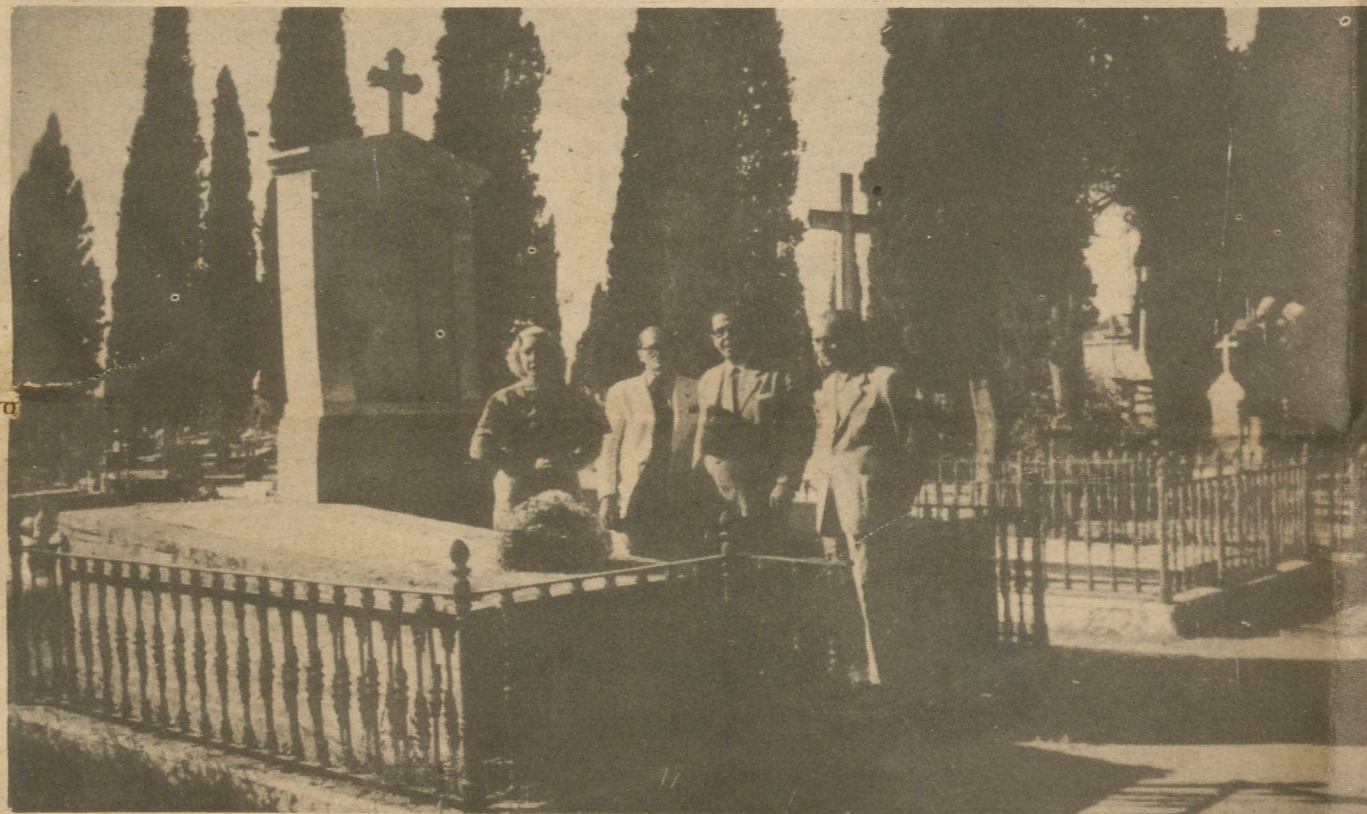
Porque *era mucho hombre*, no le perdonó un grupo de compatriotas contemporáneos, que viviera en España, y allí escribiera y se casara, para hacerse un nombre, en vez de permanecer en Cuba, que lloraba esclavizada.

Porque *era mucho hombre*, no le pudo perdonar el gran poeta Fornaris, que regresara la tórtola a la patria del brazo de un verdugo, aunque este Verdugo fuera sólo un apellido; el del más devoto de los esposos.

Porque *era mucho hombre*, no le perdonaron que llegara formando parte del séquito del gobernador español, don Francisco Serrano; ni reconocer que su influencia fué altamente beneficiosa, pues acaso ellos gobernaron con mano más suave y mayor comprensión. Han quedado como pruebas palpables las obras del Hospital de la Caridad, la Plaza, frente a la Casa Consistorial (hoy



Sevilla le rinde fervoroso culto a sus hijos ilustres, y lo prueba este monumento a Gustavo Adolfo Bécquer, para el cual se seleccionó el más hermoso ejemplar arbóreo de los existentes en el Parque de María Luisa.



Vistapanorámica del cementerio de Sevilla. En primer término puede verse la tumba de la poetisa cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda, y junto a ella, a Aída CUELLAR, nuestro colaborador Osvaldo VALDES DE LA PAZ, el Vicecónsul de Cuba en aquella ciudad, y un funcionario del cementerio.

Ayuntamiento); y la estatua erigida al Gran Almirante Cristóbal Colón, en la ciudad de Cárdenas, así como el Teatro Avellaneda, en Cienfuegos, todos construidos por don Domingo Verdugo.

Porque *era mucho hombre*, fracasó en su intento de dotar a La Habana de una revista femenina digna de nuestra capital, el *Album Cubano*, que viera la luz primera el 18 de febrero de 1860, en la calle de Teniente Rey número quince, saliendo adornada con sus más bellas galas literarias, a recibir el bautismo del público habanero. Pero los pusilánimes comenzaron a murmurar en tertulias de clubes y cafés; y los fracasados se unieron al corro; y los envidiosos lo agigantaron. Todos sentían el temor del mucho hombre que vivía en esta osada mujer, que se atrevía a invadir las vedadas fronteras del periodismo, y hasta a convertirse en directora de una revista literaria.

La sórdida batalla fué ganada al fin por los espíritus pequeños. De nada sirvieron los esfuerzos, el gran sacrificio que significaba para su directora, viajar desde Cárdenas, donde residía, hasta La Habana, donde se hacía la impresión de la revista. Por entonces, las mujeres salían muy poco y leían menos. Reducidísimo, el número